

períodos durante los cuales se manifiesta una declinación constante en las ideas religiosas; los tiempos más antiguos son los mejores, y entonces no se representaba á los dioses en forma sensible; vienen después los tiempos de los emblemas, y por fin llega la época más reciente, la peor, aquella en que desaparecen los dioses en una envoltura sensible, sea en forma humana, sea en otra representación simbólica, esto es, la época del antropomorfismo y del fetiquismo grosero.

8. La caída no fué completa, sino que hubo siempre recuerdos relativos á una vida mejor más antigua.—Si es, pues, verdad, y lo es, que la vida religiosa de un hombre ó de un pueblo permite determinar, de modo cierto, su estado moral, tenemos en la historia de las religiones una prueba irrefutable de que la humanidad alcanzó en otro tiempo un estado muy superior á aquel en que más tarde la encontramos.

Pero esa misma historia es para nosotros también un testimonio consolador de que nuestra raza, aun en la más profunda caída, no ha perdido jamás enteramente los gérmenes y los restos de una perfección anterior; no ha perdido jamás enteramente las justas ideas que tenía de Dios. Fueron éstas á menudo profundamente sepultadas, pero existían, sin embargo, y surgían á veces de repente como si despertaran de un largo sueño. Hemos visto ya que, en muchos países, la antigua fe en un solo Dios se manifiesta de nuevo con más claridad en la época de la aparición del Cristianismo; hemos visto igualmente que, en tiempo de grandes necesidades, no satisfacía ya á los espíritus el culto de los hombres, sino que entonces reaparecía una idea anterior relativamente más sublime de las cosas divinas, es decir, la idea emblemática. Sabemos también que más de un ilustre pensador del paganismo supo elevarse hacia un monoteísmo que tomaba verdaderamente en serio.

Tertuliano insiste ya en que los paganos jamás pudieron olvidar enteramente su antigua creencia en un solo Dios. Una contrariedad de la suerte que les hiera, una

desgracia que les disguste de los dioses, en los cuales podían sin duda ver modelos incomparables de un placer desordenado, pero no consuelo en sus sufrimientos, bastan para que eleven sus manos y sus corazones al cielo y digan: Dios lo sabe, Dios es testigo; que Dios sea juez entre tú y yo. ¡Oh Dios! sed misericordioso conmigo. ⁽¹⁾

El mismo pueblo pagano, á pesar de esta confusión mitológica, no pudo olvidar jamás enteramente que ese ejército de divinidades había sustituido al Dios único. Los apologistas cristianos de los primeros siglos se sirvieron, en todas las circunstancias, de esta convicción como de arma principal, cuyo corte sentían perfectamente los paganos, pues sabían que no hubo pueblo que no creyese, entre aquellos numerosos dioses, en un solo Dios, soberano, que todo lo gobierna, ó como dice más exactamente Máximo de Tiro, que en todas partes había en el fondo un solo Dios. á quien esa turba de divinidades se había yuxtapuesto como ganglios impuros. ⁽²⁾

Esa huella de monoteísmo es generalmente más pronunciada entre los paganos de los tiempos más antiguos, pero jamás se perdió después. En Homero, el concepto del mundo es en el fondo monoteísta, ⁽³⁾ aunque ese poeta tiene el triste mérito de haber hecho popular el politeísmo en su forma antropomórfica. Aun Júpiter, según la descripción que de él hace Esquilo, parece ser un Dios que reinó solo en el cielo y en la tierra, y que no tiene á su lado ninguno de su especie. Es chocante que los acontecimientos decisivos de la historia universal rara vez se relacionen con los dioses por los historiadores griegos, sino casi siempre con un solo dios, con Júpiter, Apolo, Atheneo, ó la divinidad en general; por otra parte, entre los griegos, las expresiones y las ideas politeístas y monoteístas se encuentran en una sola frase, prueba evidente de que la verdad no estaba completamente perdida. ⁽⁴⁾

(1) Aristót., *Polit.*, 1, 12, 7.

(2) Máximo Tyr., 17, 5.

(3) Nægelsbach, *Homer. Theologie* (2 aufl. v. Autenrieth), 113.

(4) Nægelsbach, *Nachhomerische Theologie*, 137-140.

Lo mismo se aplica también á las religiones de otros pueblos, tan bajos desde el punto de vista intelectual, que es imposible ver en ellos un progreso del politeísmo hacia una fe más pura, sino mas bien un efecto de convicciones religiosas más antiguas y mejores. La antigua religión de Java, en que por tan viva manera se manifiesta la doctrina de la unidad de los dioses, ⁽¹⁾ hará tal vez pensar en influencias procedentes de la India. ⁽²⁾ Pero ¿de dónde las habrían recibido los negros? Y, sin embargo, no se puede desconocer que hay entre ellos muy vivaces tendencias monoteístas. ⁽³⁾ Lo mismo hay que decir de los indios, ⁽⁴⁾ de los primitivos habitantes de Cuba, ⁽⁵⁾ del Yucatán, ⁽⁶⁾ y de los groseros battas de Sumatra. ⁽⁷⁾ Respecto á los atzecas, todos sus dioses desaparecían casi al lado del único dios soberano, y tanto más cuanto más retrocedemos en el curso de su religión; pues en ellos también, y más que en ningunos otros, se encuentra con especial certidumbre el principio que en todas partes hemos encontrado como conclusión de nuestras investigaciones, á saber, que en los tiempos antiguos era la fe mucho más pura que lo fué después. ⁽⁸⁾

El hecho más curioso que mejor confirma el resultado de todas nuestras investigaciones es que casi en todos los pueblos se encuentra la fe en un dios desconocido. Sabido es que San Pablo halló en Atenas un altar consagrado á ese dios, ⁽⁹⁾ y muchos autores citan como curiosidad que se rendía adoración á un dios desconocido, ó á dioses desconocidos, especialmente en aquella ciudad. ⁽¹⁰⁾ La hubo

(1) Lassen, *Ind. Alterthumskunde*, (2) II, 2071.

(2) *Ibid.*, II, 1113.

(3) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, II, 168 y sig.

(4) *Ibid.*, III, 178.

(5) *Ibid.*, IV, 327.

(6) *Ibid.*, IV, 308.

(7) *Ibid.*, V, 1, 192.

(8) Waitz, IV, 137 y sig.

(9) *Act. Apost.*, XVII, 23.

(10) Pausanias, I, 1, 4. Filostrato, *Apollon.*, 6, 3, 5. Clem. Alex., *Strom.*, 5, 12, 82 (Luciano). *Philopatris*, 77, 9.

también en Olympia. ⁽¹⁾ Todos los que visiten el Palatino en Roma pueden ver todavía hoy el altar que estaba dedicado al dios desconocido. Uno semejante existía en Tibur hace tiempo. ⁽²⁾ Según Plutarco y otros autores, tuvo ese culto mucha importancia en la religión romana. ⁽³⁾ En la mitología alemana existe la fe en un dios poderoso, sin nombre, que todo lo gobierna; ⁽⁴⁾ es á veces llamado Messer, el medidor, porque en todas las cosas indica la medida y el término; ⁽⁵⁾ de él se esperaba que haría desaparecer á los otros dioses, y por esto se decía: «Un día vendrá otro más poderoso que él, pero no me atrevo todavía á nombrarle». ⁽⁶⁾

La misma creencia encontramos en la antigua España, ⁽⁷⁾ en Méjico, ⁽⁸⁾ en el Perú. ⁽⁹⁾ Pertenece sin duda también á esta clase la diosa velada de Sais, en Egipto. ⁽¹⁰⁾ Pero en ninguna parte la fe en un dios desconocido se manifiesta tan vivamente como en Asiria. Los Salmos penitenciales de Babilonia invocan tan frecuentemente su misericordia, que resultan más que monótonos, casi enojosos. ⁽¹¹⁾

Hubo necesidad de que la pérdida del conocimiento de Dios haya impresionado vivamente á los pueblos para que se hayan asido tan obstinadamente á esa palabra afflictiva y puede advertirse como se juzga al creer que se encontraron bien perdiendo á Dios, y que no han conservado en su corazón ningun recuerdo de esa pérdida.

9. La humanidad, perfecta en su origen por la gracia divina, ha caído por su propia falta.—Uno de

(1) Pausanias, 5, 14, 8.

(2) *Corp. Inscr. lat.*, I, 234, n. 1114.

(3) Plutarco, *Quest. rom.*, 61. Aul. Gell., 2, 28. Liv., 7, 26. Macrobi., *Sat.*, 3, 9. Catón, *R. r.*, 139. Arnob., 3, 8. Malvenda, *Antichr.*, 5, 14.

(4) Vœluspâ, 63. Tácito, *Germ.*, 39.

(5) Simrock, *Deutsche Mythologie*, (2) 170, 300.

(6) Hyndluliod, 41.

(7) Strabón, 3, 4, 16.

(8) Arnim, *Das alte Mexico*, 67.

(9) *Sammlung aller Reisebeschreibungen* (Leipzig, 1757), XV, 494 y sig.

(10) Herodoto, 2, 170. Plutarco, *Isis et Osiris*, 9.

(11) Zimmern, *die babylon. Busspsalmen*, 4, a. 4, 6, 8, 9, 14, 40, 41, 57; 4, 6, 10, 11, 17, 18, 26, 28, 47, 48.

nuestros más insignes filólogos, Godofredo Hermann, formuló el principio de que la idea de un solo Dios supone un grado tan alto de formación intelectual, que es imposible considerarla como anterior á la idea de la pluralidad de dioses.

Tales afirmaciones, aun mantenidas por hombres ilustres, no son más que opiniones preconcebidas, y al testimonio de la historia debemos dar importancia, no á ellas. Pero la historia dice que la religión primitiva de la humanidad, y ésta jamás estuvo sin religión, fué el mono-teísmo; toda otra forma de religión no es más que la decadencia de una fe en otro tiempo más pura. Si este es un hecho histórico, entonces resulta cierto que en una época muy remota se encontraba la humanidad, desde el punto de vista intelectual y moral, en un estado superior al de tiempos más recientes.

Y si no se concibe que la humanidad haya podido colocarse por sí misma, desde el principio, en tal grado de desenvolvimiento intelectual, hemos demostrado lo que nos enseña la Revelación, á saber, que los hombres recibieron su perfección moral é intelectual de una sabiduría y de un poder más elevados, de una Revelación primitiva. Su estado de originaria perfección era un don de Dios, su caída y su corrupción sucesivas fueron el resultado de su propia falta.

CONFERENCIA VI

LA CONFESIÓN GENERAL DE LA HUMANIDAD CAÍDA

1. **La repulsión natural que el hombre siente hacia la sangre.**—El que se pone cabeza abajo ve las cosas al revés. Tendremos ocasión frecuentemente de recordar estas palabras en el curso de nuestras investigaciones. Ponerse cabeza abajo y trocar las cosas sería el querer negar la enseñanza cristiana respecto á la corrupción hereditaria; no hay por qué asombrarse de que se quiera después hacer pasar los peores impulsos del corazón humano por la naturaleza verdadera y autorizada, ni que se pretenda presentar las más groseras degeneraciones de nuestra raza, como sus tipos primitivos. Quien no confiese que la naturaleza está corrompida, debe concluir por alabar lo que es contra naturaleza; de ahí procede la deificación de los instintos bestiales, la glorificación del pecado como hecho heroico, las dulces miradas lanzadas á la muerte. Tendremos aún que habérmolas con esos errores y otros semejantes; por ahora nos limitaremos á una sola afirmación, que de tal modo contradice todo sentimiento humano, que ocurre preguntarse cómo es posible mantenerla. En sus preocupaciones de no querer admitir nada que pueda relacionarse por poco que sea con las enseñanzas del Cristianismo, llegaron muchos hasta á considerar como cosa natural, no sólo en general la muerte, sino también la muerte violenta y la efusión de sangre. Y no es tan sólo un enemigo declarado del Cristianismo, como Bastian, que llega hasta enunciar la proposición de que el miedo á cometer un homicidio es una debilidad artificial de la natural energía, ⁽¹⁾

(1) Bastian, *Der Mensch in der Geschichte*, I, 244 y sig.